

Para leer el discurso político



Mario RAZZETO

1. Algunas explicaciones

ESTE texto es un ensayo preliminar en torno a la naturaleza y los componentes del discurso político, dominio semiótico que será objeto de un detenido análisis en una investigación en curso, cuya elaboración comparto con Oscar Quezada.¹ Aquí se trata ahora de explorar, de tantear, de definir el objeto de trabajo y de exponer algunas consideraciones genéricas.

El punto de partida fue el modelo que aplicó Roland Barthes en un texto excepcional,² fascinante muestra de *action writing* que va construyendo su objeto en la medida en que lo enuncia. Pienso que el discurso político también puede ser fragmentado en planos semánticos, en variables discursivas que integran uno de los espacios apenas abordados por la incipiente sociosemiótica. Recientemente, en agitadas y breves conversaciones que nos estimulaban a delimitar un corpus textual, a trazar derroteros históricos o precisiones epistemológicas, ambos investigadores fuimos delineando algunos avances teóricos.

Contra lo que suponen ciertos sectores, la *intelligentsia* contemporánea que analiza los procesos de la comunicación (sin prerequisites "populistas") no necesariamente se encierra en el gabinete para aislarse del mundanal ruido, sino que, desde su pertinencia específica, abre sus ventanas a otras disciplinas a fin de descubrir los

1. El proyecto de investigación, titulado tentativamente "El discurso político (fragmentos)", se ha presentado al CICOSUL, que publicará el texto final.

2. BARTHES, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI, México, 1982.

sutiles filamentos que relacionan los saberes (enclaves insólitos, puntos de encuentro, *lugares comunes*), encontrando que los valores de la cultura se actualizan y realizan en diversos (y contradictorios) discursos.

Dicha *intelligentsia* —que no se culpabiliza por el hecho de ejercer su *métier*, de poner a prueba su competencia— advierte que el trabajo teórico constituye una tarea imprescindible, un hacer necesario para lo que se requiere rigor y disciplina de carácter *académico*. Al calor del debate contemporáneo, esta tarea es vista por algunos investigadores como una actividad esteticista, marginal, “reaccionaria”, desaprensiva con respecto de los destinatarios de los mensajes de los medios, lo que revela una vez más que aún prolifera el prejuicio anti-intelectual que consiste en desconfiar de quien se ocupa de reflexionar. Dicho prejuicio conduce (como lo demuestra la historia), por lo general, al autoritarismo, al dirigismo y a la homogeneización ideológica, cara a todas las dictaduras. Por el contrario, quienes esgrimimos como instrumento la razón (o la pasión) científica no vacilamos en expresar nuestra disposición a cotejar todos los puntos de vista, siempre y cuando se asienten en un hacer científico, con metodologías y posiciones teóricas discernibles.

Lo que puede ser válido para todos los saberes, en estos momentos, adquiere particular significación para el quehacer del filólogo, dado que la consolidación de la semiótica como un hacer teórico-metodológico ha venido a sostener el análisis de los textos con una organización axiológica que, como en el caso del análisis literario, ha demostrado la insolvencia de la crítica tradicional impresionista, así como de otras que preconizan maniqueísmos apriorísticos.

El análisis semiótico consiste en efectuar una lectura para descubrir sentido (sentidos) a partir del análisis de las estructuras elementales de la significación. Conviene aclarar que dicha lectura no se puede realizar al azar, sino descifrando las condiciones de generación del texto. El aparatage teórico que utiliza el filólogo contemporá-

neo se ha construido gracias a los esfuerzos de estudiosos como A. J. Greimas y, debido justamente a sus premisas epistemológicas, constituye un sistema de trabajo que se enriquece de modo constante. No hay allí la "revelación" absolutista ni el recetario lexemático. Tampoco la filiación dogmática o las claves mostrencas de una logia. Por el contrario: se trata de un saber que invade (con su lógica y su racionalidad, pero también con su vuelo) a otros saberes, expropiándoles objetos erosionados por la rutina histórica o desgastados por un círculo (ideológico) vicioso. Se trata, pues, de describir, de explicar, desmontando sistemas de significación que atraviesan el magma de los discursos que se producen en la sociedad (oficio de filólogo).

No obstante, pienso que en este planteamiento general es prudente, al menos por estrategia propedéutica, recurrir también al quehacer de la sociología, en tanto que esta disciplina ha observado —desde su pertinencia científica— el comportamiento de sectores sociales e individuos caracterizados por la praxis política. Así, pues, en la investigación se intentará percibir cómo ha procesado la sociología la interacción social, cómo ha sistematizado su visión de los políticos profesionales y cómo ha leído la sucesión histórica de doctrinas e idearios que han definido el rumbo de los diversos tipos de sociedad. Indagar en estas cuestiones pluridisciplinares no implica superponer un hacer teórico sobre otro, ni compatibilizarlos, sino observar el desarrollo de los diversos haceres desde la pertinencia semiótica, en busca (a la caza) del sentido de los discursos.³

2. La política en el discurso

PARA Aristóteles, la política era el estudio del gobierno de la ciudad (de la *polis*). Pero, en su caso, se definía la ciudad como una unidad estatal que, andando el tiempo, desbordaría sus estrechos límites para configurar históricamente una expansión territorial de distintas dimensiones. Hoy en día habría que definir a la política como la ciencia del poder organizado en todas las comunidades.

3. La pluridisciplinariedad que naturalmente se reclama desde las ciencias sociales constituye un mito. Ese complejo entrelazamiento de puntos de vista podría redundar en resultados confusos. Por el contrario, hay que preconizar que "la única investigación pluridisciplinar que nos parece posible es la que asume una metodología única". GREIMAS, A.J. *Semiótica y ciencias sociales*. Fragua, Madrid, 1980, p. 90.

Definición que obliga a precisar los rasgos del poder político a partir de concretos intereses. Con el ánimo de sintetizar, será necesario expresar que dicho poder político es la facultad de que gozan una o varias personas para hacer las leyes y utilizar, eventualmente, la fuerza para hacer que se apliquen.⁴

Por otro lado, la doctrina marxista establece que el referido poder es aparente y, a la vez, manifestación e instrumento de un poder real, detentado de hecho no por uno o varios hombres, sino por un grupo social. De todos modos, en ambas definiciones es evidente que cuando se habla de poder se alude a una organización estructurada, jerarquizada. Esto implica relaciones, nexos, contactos, directivas, presiones acuñadas en un discurso (o en discursos) de naturaleza, asimismo, política. Las coerciones que ejercen los grupos dominantes necesariamente se actualizan y realizan en un tejido discursivo cuyas operaciones textuales condensan las diversas estrategias de la manipulación.

No ha sido sino hasta hace muy poco que la teoría ha precisado ciertos rasgos de este discurso. Eric Landowski sostiene que habría que considerar dos criterios: "la especificidad del discurso político se puede investigar en primer lugar del lado de su semántica: es político el discurso 'que habla de política' ".⁵ Pero Landowski agrega que, en un segundo orden de criterios (esta vez sintácticos y, por lo tanto, más aptos para neutralizar el peso de las variaciones socio-culturales), "se debe considerar como propiamente 'políticos' a aquellos [discursos] en donde la producción apunta o conlleva ciertos efectos de poder".⁶ Así llegamos a un terreno firme: en un primer caso se trata de una isotopía discursiva; luego, de una interacción.

En lo que nos concierne más directamente —la comunicación social—, este discurso (in-discreto como todo discurso ideológico) se ve favorecido por una enorme productividad en los *mass media*. Se puede afirmar que, en la actualidad, este espacio ha sido polucionado e invadido por

4. BARTHOLY, M.-C. y DESPIN, J.-P.

Le pouvoir: science et philosophie politiques. Magnard. París, 1977, p. 11.

5. GREIMAS, A.J. y COURTES, J.

Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage II. Hachette. París, 1986, p. 173.

6. *Idem*.

modalidades discursivas que intimidan a los enunciatarios desde diversas instancias de producción (diarios, TV, radio, cine, publicidad, propaganda) conminándolos a su consumo, obligándolos a reproducir mensajes de diverso signo.⁷ En todas las modalidades se reproduce el sistema social: se trata de un juego intermitente de representaciones, acumulándose en un *continuum* orgánico, seductor y omnipotente, que circula socialmente. De nada vale presumir la existencia de una libertad de prensa que, sujeta a las normas de supervivencia al uso, debe conjugar sus pretensiones con necesidades reales y objetivas: los medios no son autónomos del sistema, no pueden ser libres si no es a riesgo de naufragar en el solipsismo y la autarquía. Utopía de la modernidad, del progreso. La prensa debe cautelar responsablemente su relación (obligatoria) con sus lectores y su primer deber es garantizar su audiencia, su alcance, lo que sólo consigue con tirajes estables y rentables (solventados por la publicidad): serpiente que se muerde la cola, intercambio de necesidades y apoyos, trueques de la seguridad. Además de la censura (que siempre es política), acechando en las sombras o aplicándose abiertamente, indiscretamente.

7. Las diversas instancias de producción corresponden a los diversos modos materiales de significación interrelacionados por la función semiótica que Julia Kristeva denominó "ideologema".



3. Las doctrinas políticas en la Historia

ES necesario efectuar un rápido recorrido histórico que permitirá definir las actitudes de los gestores de doctrinas, de los promotores de fórmulas políticas.

En primer lugar, las propuestas de teóricos que recusan el poder al que consideran una negación de los derechos individuales, pero no conciben la forma de sustituirlo por un orden social realizable. En la práctica, se trata de construcciones imaginarias, revueltas individuales, organización espontánea. Ejemplos: Platón (427-347 AC), en *La República*; Tomás Moro (1478-1535), en *Utopía*; Tomasso Campanella (1568-1639), en *La ciudad ael sol*; los socialistas utópicos: Henri de Saint Simon (1760-1858), Charles Fourier (1772-1837), Robert Owen (1771-1858); Etienne de La Boétie (1530-1563); los anarquistas: Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) y Mijail Bakunin (1814-1876).

Luego, las teorías de autores que se convierten en apologistas del poder existente sin dejar de proponer ciertos cambios que no afecten la naturaleza profunda del sistema o que tratan de mantener o restaurar un orden social amenazado u obsoleto. Ejemplo: Niccolò Macchiavello (1469-1527), en *El Príncipe*; Blaise Pascal (1623-1662); David Hume (1711-1776), en el *Tratado de la naturaleza humana*; J.B. Bossuet (1627-1704); Hugo de Groot, *Grotius* (1583-1645); Thomas Hobbes (1588-1679); John Locke (1632-1704); Montesquieu (1689-1755). Y, a pesar de la distancia, Aristóteles (384-322 AC).

Por otra parte, los postulados de escritores revolucionarios que no se contentan con cuestionar el orden establecido, sino que intentan definir, reunir e impulsar a las fuerzas sociales capaces de derrocarlo para instaurar otro. Ejemplo: Federico Engels (1820-1895); Karl Marx (1818-1883); V. I. Lenin (1870-1924); Rosa Luxemburgo (1870-1919); Antonio Gramsci (1891-1937), etc.

Y, apartado de las corrientes ya descritas, habría que

señalar el solitario caso de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) cuya propuesta política oscila entre el mantenimiento del orden y la revolución. No obstante, su teoría registra una novedad sin precedentes: alía las nociones de autoridad y libertad en una síntesis absolutamente inédita, sin concesiones de la una con respecto de la otra. Precursor de Robespierre y Saint Just, inspiró el concepto contradictorio de "despotismo de la libertad".⁸



8. BARTHOLY y
DESPIN, p. 107.

No se pretende agotar en este texto una relación de fundadores de doctrinas políticas, de idearios que a lo largo de la historia han sacudido a múltiples generaciones que pusieron en práctica postulados de diverso signo. Lo que se debe entender aquí es la necesidad de situar referentes históricos, datos contextualizadores, intertextos discursivos de orden político que han alimentado los sueños, las utopías, así como las visiones apocalípticas de los revolucionarios del siglo pasado, además de las re-visiones de nuestro siglo.

De paso, una ojeada a la historia del pensamiento político a partir de sus postulados centrales para discernir los ejes del pensamiento político, las ideas-fuerza, los recursos estratégicos del discurso político en un plano diacrónico, el *proceso* del pensamiento político.

4. Para construir una nomenclatura

A MODO de agenda para la investigación en proceso se debe construir un universo de entradas semánticas en donde, para empezar, no pueden faltar absolutismo, alienación, anarquismo, (poder) arbitrario, artificialismo, asociación (como sinónimo de federalismo), autonomía, burguesía, bien común, colonialismo, comunismo, (partido) comunista, (monarquía) constitucional, contrato, convención, corporativismo, costumbre, darwinismo social, descentralización, decreto, democracia, despotismo, dialéctica, dictadura del proletariado, derecho divino, derecho de las gentes, derecho del más fuerte, derecho positivo, empirismo, esclavitud, Estado, estado de guerra,

(poder) ejecutivo, facción, (poder) federativo, gobierno, guerra civil, hábito, idealismo, (aparatos) ideológicos, imperialismo, igualdad (desigualdad), infalibilidad, legalismo, (poder) legislativo, legitimidad, liberalismo, libertad, maquiavelismo, marxismo-leninismo, (gobierno) moderado, monarquía, (derecho) natural, oportunismo, patria, paz civil, parlamento, perfectibilidad, piedad, (república) plebiscitaria, pragmatismo, prerrogativa, príncipe, privilegio, propiedad, proteccionismo, razón de Estado, reformismo, república, resistencia, revolución, seguridad, social-democracia, socialismo, (partido) socialista, sociedad civil, soberanía, soviets, sufragio universal, tirano (tiranía), utopía, voluntad general.

Naturalmente, esta agenda debe incorporar otras entradas de uso más cotidiano: dirigentes, militantes, subversión, reacción, terrorismo, clientelaje político, fracción, micro-partido, internacionalismo, etc. que, entre otras, dan cuenta de la productividad histórica del discurso político, de su diseminación en significantes axiológicos relativos (izquierda, centro, derecha, extrema izquierda, extrema derecha), etc.

5. Un aporte a la mitología contemporánea: el político profesional

EL ESTADO moderno configura instancias, compartimentos para el ejercicio profesional del poder. Ahora esto no compete solamente a clases ilustradas, a sectores privilegiados incólumes. La evolución y el progreso han facilitado condiciones a hombres y mujeres que, al margen de su origen y de las condiciones expresas de su formación, pueden acceder al *lugar* del poder (sobre todo al legislativo). En dicho lugar, sacralizado por los discursos que allí se enuncian (y que adquieren peso histórico porque *se transcriben* en actas que un Archivo General atesorará hasta el fin de los tiempos), alternan (entre otros) intelectuales orgánicos del sistema imperante con luchadores sociales, sacrificados defensores de causas populares, representantes de los sectores emergentes de la

sociedad. Su *métier* es la palabra, la logomaquia, el intercambio de discursos. Modalizados por su pertinencia doctrinaria, los políticos profesionales apelan en sus discursos a una audiencia jerarquizada, distribuida en el recinto parlamentario de acuerdo a costumbres tradicionales, contabilizada previamente, con lo que se sabe *con anticipación* cuál será el efecto del discurso. Si una bancada no cuenta con votos suficientes para forzar un cambio en las decisiones de una Cámara, ¿cuál es la razón de la libertad que goza para manifestar su discurso? Si nada puede alterar una decisión adoptada por una mayoría (de un partido o de una alianza de partidos), ¿qué efecto de poder conlleva la libertad de manifestar en voz alta, con los mejores artificios retóricos, un discurso político? Si, como sucede en el Perú de hoy, grupos de huelguistas irrumpen en el recinto parlamentario, lo invaden, se posesionan de la oficina de un Senador, presionan para que se les escuche, son apoyados por parlamentarios de oposición (en minoría), ¿qué efectos de poder acarrea el discurso político que expresa su solidaridad con los huelguistas si la mayoría desoye el reclamo? El discurso de la minoría es utópico, en Occidente y en el Este, en el Norte y en el Sur. Dicho discurso se esfuerza por llegar no sólo a esa audiencia finita, sino a la población que lo leerá en los medios masivos, en donde se construye la opinión pública.

De modo que el espacio del poder legislativo es un escenario para la contienda verbal, para el espectáculo oratorio que se viste de gala para hacer lo previsto por la mayoría: no es, pues, el espacio para fiscalizar al poder político (fragmentado en otras instancias), sino la arena para los gladiadores modernos, con claques preparadas para el aplauso y la fanfarria, para el insulto y la grito—aderezos estrepitosos de una contienda previsible, organizada, semantizada por el poder—, el lugar en donde las palabras—el discurso— tienen garantizado un destinatario histórico, futuro, inasible.

Si los medios masivos recogen dichos reclamos, los insertarán en donde ameriten situarse, dependiendo de



la orientación política de los medios. Y si el político profesional (en minoría) apela a la masa callejera, encabeza una manifestación, habla en un mitin, dialoga con las fuerzas del orden en la vía pública, es probable que su investidura se convierta en un bien precario, en una patente inútil.

En la acera de enfrente, el político profesional en mayoría no requiere de audacias verbales ni de capacidad de persuasión: todo está previsto (número de votos a favor para aprobar una ley, orden de los oradores, interrupciones —que alargan los discursos, aligerando el tono del opositor con la expansión desmedida—, horario de trabajo, aplicación del reglamento, etc.). Todo se articula para ejercer el poder político que, como se sabe, aunque suene a guasa, es para *poder*.

En sus vacaciones, el político profesional viaja (debe viajar) para auscultar a su clientela inmediata, la que lo ungió con su voto, para dar cuenta de su labor, para detectar las necesidades urgentes, para calcular los costos económicos que apareja una solución. En el pasado reciente, un político que inclusive fue elegido vice Presidente adquirió notoriedad por el impulso que dio a la creación de universidades que (naturalmente) fueron aprobadas por mayoría, motivando un crecimiento inorgánico respecto de la densidad demográfica de las áreas en donde están situadas y las verdaderas necesidades de las respectivas poblaciones.

Por consiguiente, en el espacio del poder legislativo basta con disponer de la mayoría de votos, lo que convierte al discurso político en un recurso menor, en un instrumento alicaído, en un dispositivo retórico ancilar. Para tirios y troyanos —aquí y en todas partes en donde funciona el parlamentarismo—, el asunto es claro: depende de qué cabo de la cuerda tenemos en las manos. Ello implica el deterioro de un poder que cuenta con antecedentes históricos remotos: Roma fomentó la práctica democrática de debatir los asuntos públicos, pero el poder autoritario

del César desautorizó cuando quiso las prerrogativas del Senado. Y así sucesivamente.

6. El rol de los medios masivos

EL POLITICO profesional, recluso en el recinto parlamentario, puede amplificar su voz y generar ecos (controversiales, si se quiere) en los enunciatarios de los medios masivos. Una transmisión televisiva en directo, vía microondas, a todo el país, no constituye una práctica frecuente. Cuando se ha realizado, los televidentes han podido advertir la grosera selección del canal: tal político sale al aire; si habla tal político, se entrevista a otro o se pasa tandas comerciales. Libertad de expresión, pues. Libertad de asumir discursos políticos que integran a los medios con el sistema (aquí y en otras partes). Libertad de difundir programas políticos con la participación casi exclusiva de políticos profesionales afines a la empresa televisiva ("Yo invito a quien yo quiero"). Pero, ¿no se trataba de un "servicio a la comunidad", de una "vocación de servicio", de "pluralismo"? Convengamos en que todos los países practican (y seguirán practicando) esta suerte de "objetividad periodística". El diagnóstico no puede ser más ostensible: los medios masivos asumen (aquí y en todas partes) un discurso político que, por lo general, permite que el medio consolide su integración al sistema imperante. Convengamos en que el socialismo realmente existente ilegítima a sus opositores por la vía del silencio absoluto. Por lo menos, las democracias occidentales (ya lo sabemos: imperfectas) aprietan el nudo sólo cuando el sistema corre riesgos; en el socialismo realmente existente, el nudo siempre está apretado.

Duverger proponía, hace varios años, un remedio insólito (y utópico): "Hacer coexistir en un mismo Estado el sistema de información capitalista y el sistema de información socialista, puesto que se corregirían así recíprocamente el uno al otro".⁹ Pero es inútil. Quien desee información plural, contrastar diversos puntos de vista, cotejar los discursos políticos que se producen, deberá suscribirse a varias revistas extranjeras (*Le Nouvel Observateur*,

9. DUVERGER, M.
Introducción a la política. Ariel.
Barcelona, 1983, p. 169.

L'Espresso, *Cambio 16*, *Newsweek*, etc.) o comprarlas en el kiosko habitual. Y, por supuesto, leer cuatro periódicos diariamente y por lo menos dos revistas de actualidades todas las semanas. Pero esto es complicado y costoso para el lector común y corriente. Paradójicamente, quien sí lo hace es el político profesional, o el funcionario, o la *intelligentsia* que analiza el lenguaje o los discursos de los medios impresos.

Y, sin embargo, los medios no consiguen una hegemonía política (a pesar de las encuestas cuyos datos difunden para demostrar sus altos *ratings*). Dos casos controvertidos permitirán, empíricamente, comprobar esta hipótesis: Polonia socialista, con sus medios masivos controlados por el Estado, no pudo impedir el desarrollo masivo del sindicato Solidaridad (y menos la difusión de su discurso político). Por otra parte, en las elecciones generales recientes celebradas en el Perú, el Partido Popular Cristiano (PPC) y Acción Popular (AP) superaron infinitamente con su inversión en *spots* televisivos y radiales, carteles, vallas, etc., la capacidad económica de Izquierda Unida (IU), organización cuya presencia en los medios fue aparatosamente reducida: el resultado final —más votos para IU— es incongruente con la imagen difundida en los medios.

7. Addenda

- ANALIZAR los discursos que pronunciaron Gorbachov y Reagan en ocasión del Año Nuevo reciente: la novedad estriba en que, simultáneamente, ambos mandatarios se dirigieron por televisión a la audiencia "contraria". Componentes, isotopías, valores.
- Analizar los editoriales que *La República* y *El Comercio*, por ejemplo, difundan en torno de un mismo tema.
- Leer (fichar) *Contra viento y marea* de Mario Vargas Llosa.

- Construir un corpus con artículos periodísticos, entrevistas, volantes (octavillas), comunicados, carteles propagandísticos (vallas, afiches, *stickers*), fotografías, *spots* políticos televisivos, debates políticos televisados, discursos políticos, perifoneo ambulatorio, etc.
- Leer (fichar) las *Crónicas* de César Vallejo, editadas por Enrique Ballón.
- Construir un corpus específico integrado por prensa partidaria.
- Tema para la discusión: la TV y la violencia política.
- Leer (y fichar) *El grano de la voz* de Roland Barthes. (“... cuando escribí *Mitologías*, el discurso arrogante venía únicamente de la derecha, que tenía todas las características de una derecha. Actualmente asistimos a un deslizamiento de la arrogancia hacia la izquierda”, 1975).
- Discutir con Oscar Quezada.

Lima, 1986.